

M I S C E L Á N E A

Crónicas literarias y artísticas

MARÍA ANDUEZA

La estancia de Margarita Peña en Bloomington (1988-1989) fue un espacio abierto a la evocación y al recuerdo, cantera de nostalgia hacia tiempos pasados, lugares y paisajes que dejaron más su huella en ella. En la noche sajona —“cuarzo oscuro iluminado” (p. 3)¹—, Margarita rememora la vida que “no es más que eso: una amplia, insomne e inescrutable ventana oscura” (p. 26) y evoca, en bien logradas postales autobiográficas, el México de los años sesentas, el departamento de la colonia Cuauhtémoc, la convivencia con amigos, las charlas de estudiantes, diversiones y entretenimientos. En ese rescate del tiempo que jamás volverá, Margarita traslada el pasado al presente “y todo porque la vida —como el amor— es tan requeteúnica, tan aplastantemente irrepetible, que uno no acepta que se vaya, huya, se deslice, se esté yendo” (p. 14). Desde su cuarto en sombras de Bloomington —“Vuelvo en mí, vuelvo a la noche encerrada al cuarto en penumbra” (p. 14)—, Margarita una y otra vez reconstruye escenas e imágenes, ya que el tránsito de Neptuno “exacerba la imaginación, alerta los recuerdos, aviva la añoranza, magnifica el ensueño” (*idem*). El ayer se transforma en un hoy gracias al penetrante lenguaje de estas crónicas de pasadas vivencias, de la que es muestra y símbolo el título de la primera: “Repaso de vida” (p. 13). Recuerdo de México que a veces se hace más vivo gracias a la letra impresa: “Sobre México, desde donde me llega la prensa, que me envía un amigo gentilísimo, y la cual leo ávidamente, con nostalgia, añoranza y, a veces, dolor de corazón” (p. 16). Remembranzas que son transfiguraciones: “cosas que se transfiguran en los sueños” (p. 17). Margarita trata de profundizar en espacios interiores por medios ascéticos: “A través de la meditación, la contemplación, el autoexamen” (p. 30), sin dejar de observar a los demás “como franco-

tiradora, al margen de los hechos, en este otoño nórdico del 88, detrás de la ventana” (*idem*).

Hablemos de Eleguá, nombre incluido en el título. La autora deja entrever su significado en una de las crónicas de título similar al del libro, con la diferencia de que añade el artículo “el”. Esto es: “En el nombre de Eleguá”, que se transforma en fórmula de invocación litúrgica. Margarita incluye a Eleguá en la lista de presencias yorubas de una santería de Nueva York: “Balabú Ayé, Eleguá Obatalá, Ogún, Olokún, Orula, Oshún, Changó, Yemaya” (p. 45). Así como la serie de las “deidades del panteón afrocubano: san Lázaro, el santo Niño de Atocha, la virgen de las Mercedes, Santiago, la virgen de Regla, san Francisco, la virgen de la Caridad del Cobre, santa Bárbara bendita” (*idem*). Al parecer, Eleguá sintetiza al santo Niño de Atocha y a san Cristóbal; en el sentido de protector y ayuda en los viajes, lo invoca asiduamente Margarita:

¿cómo es posible atreverse a deambular por los caminos del mundo sin haberse encomendado al santo Niño de Atocha? ¿Andar de la ceca a la meca, tomando aviones, transitando por aeropuertos y deshaciendo maletas sin haber dedicado un pensamiento a Eleguá bendito? (p. 56)

Para Margarita, Eleguá es una presencia poderosa y eficaz para solucionar dificultades: “Eleguá, abre caminos, por favor, no nos juegues malas pasadas, mándanos un taxi” (p. 55). La recurrencia a Eleguá es notoria: “Eleguá bendito, abrecaminos, niño de los días lunes, de los dulces y de las encrucijadas, llévanos hasta la puerta de nuestra casa” (*idem*). Plegarias y peticiones en los que se mezclan el humor:

Perdidas. Estamos perdidas en el cruce de caminos que se bifurcan. Ha sido, sin duda, una broma de Eleguá a quien deberíamos prender una veladora o regalar una botella de ron, para que se reconcilie con nosotras. (*Idem*.)

Las crónicas remiten a diferentes visiones del mundo por medio de alusiones culturales, literarias y artísticas, viajes, convivencias universitarias, lecturas, todo supeditado al servicio de los fines estéticos de la narración. Tantas referencias a culturas disímiles se relacionan por oportunas correspondencias que se establecen entre variados contextos. Desde *La rama dorada* de Frazer hasta la hagiografía de la *Leyenda áurea* de Jacobo de la Vorágine —clérigo y obispo en la Italia de la Edad Media— o hasta la “diosa Fortuna en el laberinto medieval de Juan de Mena” (p. 82). Al pasar los siglos, la alusión a la noche oscura de san Juan de la Cruz que la autora parece citar de memoria: “Sólo a través de la oscuridad del alma se puede ganar la luz” (p. 39). Por “asociación inevitable” (p. 15), los árboles en el otoño de Bloomington, Indiana, evocan los

framboyanes de la infancia, allá en Tampico, durante las vacaciones, los que florecían de rojo entre el puerto y el balneario de Miramar. O como los tabachines de Cuernavaca, los de sedantes fines de semana en el hotel Casino de la Selva. (*Idem*.)

En El Paso, Texas, “escasa identidad, frágil idioma” (p. 47) en el híbrido lenguaje de regiones bilingües: “Los anuncios de las tiendas se escriben en *spanglish*: Bernie-Zapatos, González Diamonds” (*idem*). Y la reflexión consecuyente: “Si hubiéramos nacido aquí habríamos sido —las niñas— bilingües, o alingües, ni español, ni inglés: *spanglish*” (p. 48). Nueva York, asfalto y rascacielos, “copas verdes por el rumbo de Central Park o los claustros me dispara de pronto, en el mes de mayo, a París, julio de 1789, prisiones, mazmorras y calabozos” (p. 71) de la Revolución francesa, a la Bastilla, a la que Margarita, con justa razón, califica de siniestra.

Francisco de Goya y Lucientes, Nueva York, 1989. Seis, siete o más salas del Met cobijan la obra dispersa de Goya (p. 51), el terco y tozudo aragonés, pintor de cámara de los reyes Carlos y María Luisa en la corte donde reinaba Godoy, el favorito de la reina. *Los caprichos* de Goya y los cuatro jinetes del *Apocalipsis* cabalga sobre España confundidos con la urdimbre goyesca. Otro pintor, Joaquín Sorolla, al que Margarita identifica con la luz —“Sorolla o el misterio de la claridad”, (p. 65)—, da vida a dos crónicas. Textos de contenido pictórico que aluden a la enorme riqueza de los museos de Nueva York o de París, sin olvidar el Museo del Prado de Madrid.

¹ Los paréntesis remiten a *En nombre de Eleguá. Crónicas*. Doy el número de la página de la cita.

No podían faltar en estas crónicas de Margarita las alusiones literarias a la época novohispana, barroca, que remite sucesivamente al

lapso del medio siglo en que Sor Juana escribía su *Divino Narciso*, don Cayetano Cabrera y Quintero su *Iris de Salamanca*, y don Carlos [de Sigüenza y Góngora] se afanaba por narrar, del modo más veraz posible, los infortunios de Alonso Ramírez. (p. 51.)

En otro salto en el tiempo, el recuerdo hecho palabra del "Romance sonámbulo" de Federico García Lorca —"Contemplando por encima del barandal, a distancia, el verde que te quiero verde paisaje" (p. 63)—, o también la cita textual del poeta granadino: "Federico dixit: Verde que te quiero verde" (p. 51). El famoso y repetido "Verde que te quiero verde" de 1928, año en que se publicó el *Romancero gitano*, revive en los campos de Bloomington (1988-1989).

Tantas alusiones culturales y literarias y las referencias a contextos tan dispares, no impiden la sencillez y naturalidad del relato, la espontaneidad y frescura de estas crónicas que recuerdan aquel "escribo como hablo" de Juan de Valdés. Leer *En nombre de Eleguá* es oír hablar a Margarita. Así, la excelencia del buen escribir es por obra y gracia del buen hablar. Tal es otro de los encantos de estas crónicas de agradable presentación y fácil manejo, depositarias de la palabra viva que matiza hechos, sucesos y personas que fueron memorables al correr del tiempo. La pluma investigadora de Margarita parece levantar tejados y abrir puertas para describir con fruición y gozo escenas cotidianas de la vida norteamericana o la amable convivencia con amigos a los que Margarita concede lugar de privilegio. Valor de estas crónicas contempladas desde "la nostalgia, la añoranza y, a veces, dolor de corazón" (p. 16). Recuerdo del "México que se fue para no volver, aprehensible solamente en la dimensión de la nostalgia" (p. 43). Estampas de vida que trasladan a mundos en los que vivió Margarita, o a otros imaginados en visiones retroactivas, pero siempre traspasados por vivencias, emoción y vida. Crónicas que guardan fascinación y sorpresa, admiración y deslumbramiento, de manera similar a lo que experimentaron los cronistas de Indias, textos estudiados con pasión por esta cronista del siglo xx. En palabras de Margarita:

En todo cronista, cuando transita, viaja ante paisajes extraños hay una sensación de extra-



BIBLIOTECA NACIONAL

FONDO RESERVADO

De Orbe Novo Petri Martyris ab Angleria Mediolanensis protonotarij. Cesaris senatoris Decades cum privilegio Imperiali, de Pedro Mártir de Anglería, editado en Compluti (hoy Alcalá de Henares) en 1530 por Michaelem de Eguia.

El título está enmarcado por un recuadro tabelario muy elegante (probablemente es el mismo que se utilizó para la edición del mismo año en la obra *Opus Epistolarum Petri Martyris Anglerij*) en el que se representan trece escenas de las labores de Hércules, entre ellas, por mencionar algunas, en la

parte superior del grabado se observa: 1) Hércules niño en el momento en que da muerte a las serpientes enviadas por Hera para que lo estrangularan. 2) La lucha contra el león de Nemea. 3) El momento en que ataca a la hidra de Lerna. 4) La pelea con Anteo, el hijo de la tierra.

El texto está escrito en lengua latina con letra gótica, es la edición príncipe de las ocho décadas y viene acompañada de un vocabulario. El presente ejemplar que conserva la Biblioteca Nacional de México (R980.01 ANG.d) perteneció al primer obispo de México, fray Juan de Zumárraga, quien seguramente lo traía entre sus pertenencias al regresar de España.

Liborio Villagómez

fieza, pasmo y asombro. No puede escapar a esta sensación; estos rasgos están en los textos que tienen que ver con la realidad cotidiana de Estados Unidos.²

El nombre de Eleguá es un libro de literatura testimonial que remite a vivencias de la vida de la autora, las cuales se van reflejando en las veintiséis crónicas —breves en cuanto a límites tipográficos, pero densas respecto

al contenido— que nos trasladan al amplio panorama del mundo, horizontes dilatados, tierra sin fronteras: Bloomington, México, El Paso, Nueva York, Chicago, París, Madrid. Crónicas que trascienden por su interés humanista y por su apertura. Como dice el epílogo: "Este libro, al igual que muchos pequeños, medianos y grandes libros (y en la medida en que Bloomington, y la vida y yo estamos ahí) tiene un final abierto" (p. 85). ♦

² "En nombre de Eleguá, de Margarita Peña, un conjunto de postales con 26 relatos" por Estela Alcántara. *Gaceta UNAM*, 25 marzo de 1996.

Margarita Peña: *En nombre de Eleguá. Crónicas*, Centro Nacional de Información y Promoción de la Literatura, Instituto Nacional de Bellas Artes, México, 1995. 85 pp.